

ventaja que no tuvo el hijo pródigo en la casa paterna, la tenemos nosotros en la verdadera casa de nuestro Padre celestial, en la Iglesia. En ella tenemos una Madre, tenemos á María que, como dice S. Antonio, habiendo tenido parte en el nacimiento de la Iglesia, no solo ejerce en ella el cargo de protectora, sino tambien el poder y la autoridad de Madre. Jesucristo, obediente y sumiso como un verdadero hijo, reconocia y respetaba en la tierra este poder y esta autoridad de María sobre él; y S. Juan Crisóstomo observa que en las bodas de Canaan, cuando parece que quiso reprender á María porque exigia de él un prodigio antes del tiempo señalado, le dió sin embargo á conocer que respetaba sus derechos maternales, supuesto que accedió prontamente á su peticion. Pues bien, si él respetó su autoridad materna en la tierra, no puede suponerse que deje de reconocerla en el cielo. Allí, en su cualidad de Madre del Altísimo, intercede ella por sus hijos; ella los salva, dice S. Juan Damasceno, por el derecho que este titulo de *Madre comun* le da para interceder por nosotros, y alcanzarlo todo de Jesucristo.

Ah! decia el devoto y sabio Belarmino, qué bien podrá faltarnos jamás en la Iglesia católica; y qué mal podrá sucedernos bajo la tutela, la proteccion y la defensa de una Madre tan tierna y tan poderosa? Reconozcamos, pues, el inmenso beneficio de que somos deudores á la gracia del Redentor. El nos ha hecho nacer en su Iglesia, en su familia, donde tenemos por Madre la propia madre de Dios. No necesitamos mas que recurrir á su proteccion, y colocar en ella nuestra confianza, y no hay tentacion que pueda vencerlos, no hay desgracia que pueda abatirnos, ni fuerza que pueda arrancarnos de su seno maternal; no hay, en fin, desastre alguno que pueda hacernos perecer. (*Vea la nota décima.*)

CAPITULO XI.

EN los dos capítulos anteriores hemos visto que estas palabras de Jesucristo: *Muger, hé ahí tu Hijo*, son una porcion de la herencia que nos dejó en forma de testamento, y que un legado tan precioso fué hecho particularmente á la Iglesia. Este testamento, este legado fué otorgado, no por un hombre cualquiera, sino por un hombre que es al mismo tiempo Dios, Redentor y Salvador de los hombres. Considerémosle, pues, bajo este último punto de vista, y veamos el efecto que debió producir y produjo realmente en el espíritu de María y en el de S. Juan la declaracion solemne que el testador divino hizo en él.

Observemos en primer lugar, que entre las numerosas diferencias que existen entre la palabra de Dios y la del hombre, es una que: la palabra de Dios tiene una virtud y una fuerza propia que la hace eficaz y fecunda, y que la del hombre nada puede por sí misma; que en sí es vana, estéril é infructuosa.

El hombre manifiesta por la palabra su voluntad, manda, dispone y decide; pero su palabra no tiene en sí misma autoridad alguna sino la recibe de Dios. Ella no tiene en manera alguna el poder de obrar sobre los espíritus, de dominar las voluntades, de dirigir los acontecimientos, de mudar los corazones, de remover los obstáculos ni de proporcionarse los medios ni los auxilios. El éxito en los fines que el hombre se propone depende, menos en las fuerzas naturales de la persona que habla, que del carácter de que está revestida, de las circunstancias que le rodean y de las disposiciones de los que le escuchan. Para Dios, por el contrario, hablar es lo mismo que obrar, crear y

producir. Toda la creacion no es, por su parte, mas que el efecto de una palabra, de un precepto general, que él pronunció con una especie de indiferencia; pues que á este precepto de Dios las cosas que no existen le oyen, y dóciles, le responden como las que ya existen. La palabra dividida no permanece jamás vana; ella no queda jamás frustrada del efecto que se propone y del fin para que se pronuncia.

Así pues, cuando un hombre elige, designa ó nombra á otro hombre para cualquier empleo, para un destino cualquiera, puede muy bien conferirle el título, el grado y el derecho para este destino; pero no puede darle los talentos, los conocimientos, la habilidad ni la fuerza necesaria para desempeñarlo, si la persona elegida ó nombrada no las posee ya. Es, pues, una ley, es un deber imperioso mandado por la prudencia á todos los que confieren los cargos y distribuyen los empleos, procurar cuidadosamente que en las personas que eligen concurren, ademas del mérito porque son llamadas al cargo que se les designa, los talentos necesarios para desempeñarlo. Porque ni su eleccion, ni su palabra pueden por sí mismas suplir la falta de habilidad, de virtudes ó de talentos.

No sucede lo mismo en las elecciones divinas. Por grande que sea el estado, por alta que sea la dignidad, por difícil que sea el cargo á que Dios destina una criatura racional, la eleccion divina, como lo observa S. Bernardino de Sena, confiere por sí misma las gracias, los auxilios, los medios y las disposiciones necesarias para desempeñarlo dignamente. Es por consiguiente una regla general en la eleccion de Dios, que la aptitud de la persona corresponde siempre á el cargo para que ha sido elegida.

Si, mediante ciertas condiciones, un hombre poderoso y rico dejase en su testamento á un extraño por hijo de su propia madre, esta disposicion po-

dria, segun las leyes, dar al uno derechos sobre el otro, ó imponerle obligaciones para con él; mas no podria mudar sus corazon, ni hacer nacer en ellos afecciones que proceden de la naturaleza, y que ninguna ley puede imponer ni la voluntad humana puede dar.

No debe, sin embargo, discurrirse así cuando se trata de María, llamada á ser nuestra madre. Este legado nos viene del testamento y de la voluntad de Dios, que crea todo aquello cuyo nombre pronuncia, y que hace y ejecuta todo cuanto quiere. Así, pues, estas palabras de Jesucristo moribundo: *He ahí tu Hijo; he ahí tu Madre*, no solo declaran á María nuestra madre, sino que la hacen tal en aquel momento; no solo le dan el título y la cualidad, sino tambien el corazon y el afecto de una madre; no solo le confieren la dignidad de Madre de la Iglesia, tan honorífica para ella como preciosa para nosotros, sino que tambien le confieren todas las gracias, todas las disposiciones, todos los sentimientos, toda la inteligencia y todo el poder necesario para sostenerla dignamente y para desempeñarla de la manera mas conforme á designios de misericordia que el Dios testador se propuso en esta eleccion.

Ved aquí por qué Jesucristo no dijo á María: *Tu serás su Madre*, ni á S. Juan: *Tu serás su Hijo*. Un testador humano se hubiera expresado de esta suerte, y no hubiera podido hacerlo de otro modo; pero un Dios testador debía expresarse de un modo muy diferente. El debía manifestar que su palabra, llena por sí misma de poder y de autoridad no espera su efecto del concurso de las circunstancias, sino que por sola la fuerza que le es natural crea y realiza las cosas que ella nombra, y dispone del porvenir como si estuviera ya presente. Y bien, qué esprecion mas propia para probar esto que aquella de

que Jesucristo se valió al decir con la autoridad de un Señor absoluto que manda, de un Dios que con su palabra obra y crea: *Muger, hé ahí tu hijo; Discipulo, hé ahí tu Madre!*

Esto es como si hubiera dicho: Muger, yo no he acabado de querer lo que quiero eficazmente, cuando ya está hecho. Yo he querido que tú seas la madre de la Iglesia, y que tú, Discipulo fiel, seas el hijo de mi Madre; y ved aquí que mi deseo y mi voluntad se han cumplido aun antes de haberlo manifestado. Tú, muger, solo porque yo lo he dicho, eres ya la madre de la Iglesia, y la Iglesia es ya tu Hija. Solo me resta mostrarte la Iglesia de que te has hecho efectivamente Madre por sola la fuerza de mi voluntad, y hacerte conocer esta Iglesia que por lo mismo se ha hecho tu hija. No fué por consiguiente despues de la muerte de Jesucristo cuando María, conformándose con su voluntad, principió á ser nuestra Madre; ella lo fué verdaderamente desde el instante en que su divino Hijo le dió este cargo de misericordia, esta dignidad tan sublime. El no habia acabado, por decirlo así, de pronunciar estas misteriosas palabras, cuando María sintió de repente conmovirse sus entrañas, saltar de gozo su espíritu bienaventurado y abrirse su corazón á todo el afecto y á toda la ternura de una madre por la Iglesia. Oirse declarar y serlo, adquirir la investidura de la maternidad y principiar á ejercitarla, recibir este cargo y llenar sus obligaciones, fué por ella obra de un solo instante. (*Vease la nota undécima.*)

CAPITULO XII.

PARA conocer mejor y admirar cada vez mas la ternura del amor de Jesucristo respecto á nosotros en esta disposicion de su paternal bondad, examinemos ahora las circunstancias que escogió para llevarla á efecto.

María se halla al pié de la cruz en la actitud sublime y heroica que hemos ya indicado (capitulo I.) Inmóvil en su resignacion y en su éxtasis de dolor, contempla á su amado Hijo cubierto de heridas; ella ve su sangre que mana gota á gota de sus carnes desgarradas, de sus venas abiertas y de sus miembros destrozados; ella le ve pálido, desfigurado, languido y próximo á exalar el último suspiro en un mar inmenso de terribles angustias y crueles dolores. Ella oye los sarcasmos crueles, las blasfemias impías y los amargos insultos con que el pueblo judío, poseído de una rabia internal, le ultraja á parir. Ella ve á este pueblo bárbaro dar señales de una impaciencia furiosa porque Jesus tarda mucho en morir, ó de un gozo feroz cuando le ve espirar. En medio de estos sucesos de una barbarie sin ejemplo, oye á su divino Hijo que pareciendo olvidar todo el horror de sus padecimientos y de sus oprobios, pide á su Padre que su sangre sea el rescate de los que la vierten, y que su muerte sea la salvacion de los que se la dan. Ella contempla á este Hijo misericordioso que tiene el corazón abierto y los brazos estendidos hácia ese mismo pueblo que se obstina en despreciarle y en pedir su muerte, y que ha respondido con su orgullosa desden á las tiernas invi-

taciones de amor con que le llamaba á la reconciliación y al perdón.

María se pasma á la vista de este contraste de una barbarie sin ejemplo y de una caridad sin límites, de un exceso de misericordia y de un exceso de furor infernal, de una superabundancia de clemencia, de compasión y de bondad, opuesta á una superabundancia de injusticia, de malicia y de el crimen mas atroz que se ha cometido jamás debajo del sol. Ella está atónita y fuera de sí misma; todas sus facultades parecen suspendidas á vista del acontecimiento cruel que le arrebató su Hijo; toda su atención se fija en considerar el prodigio de su dulzura, de su paciencia y de su caridad, cuyo ardor inmenso no puede ser apagado ni disminuido por los torrentes de tantas amarguras, de tantos oprobios y de tantos tormentos, cuya altura sublime, cuya profundidad misteriosa, y cuya estension sin límites, jamás podrá medir el pensamiento. Jamás su Hijo le pareció mas Dios que en este instante en que los hombres le tratan mas indignamente que hubieran tratado á otro hombre, y jamás su Dios le pareció mas digno de amor que en este instante en que es objeto del odio universal. Ella se siente pues aterrorada á él; sus corazones arrastrado y arrebatado por un Hijo tan grande, y por un Dios tan lleno de amor.

María ama siempre á Jesucristo con un amor tan grande, que todos los trasportes de los ángeles y de los santos reunidos no pueden dar de él ni aun una pequeña idea. Mas este amor tan tierno, tan enérgico y tan fuerte se siente estimulado en este momento; él se inflama mas y mas á vista de una ternura tan grande y de una bondad tan excesiva; él se hace todavía mas tierno, mas enérgico y mas fuerte, y se eleva por decirlo así, al mas alto grado de potencia. Y sin la reserva que le está prescrita por

la voluntad suprema del Dios á quien ama y por quien se resigna, todos los esfuerzos de los hombres serian vanos para impedir que se arrojasen sobre la cruz, se abrazasen tiernamente á Jesus crucificado, y se inmolase en compañía del Hombre-Dios, cuyo corazón generoso, cuya alma sublime y cuya caridad inmensa, conoce entonces mas que nunca.

En aquel momento es cuando el corazón de María enternecido, atormentado y derretido por el amor, no sabe otra cosa que amar; en aquel momento es cuando su bendita alma se entrega á las mas dulces emociones, á los mas tiernos afectos y á los trasportes mas violentos; en aquel mismo momento es cuando Jesucristo la sorprende, por decirlo así, la espera y la detiene; y destinándola á ser nuestra madre, la obliga á volver hácia nosotros aquel sentimiento de inmensa ternura y de amor vehemente de que ella estaba como poseída y arrebatada por él. Es como si le hubiera dicho: Oh Mujer! tu amor te hace sufrir en este momento un dolor inaudito; oh Mujer, á quien veo poseída del afecto mas tierno y mas vivo hácia mí ese sentimiento de amor tan vivo, tan profundo, y tan vehemente, que se despierta en tí en este momento, que te penetra y te posee enteramente, debes dirigirlo desde ahora sobre mi Iglesia, sobre mis fieles que estás viendo en la persona de Juan, pues que yo les cedo mi lugar y quiero que los mires como tu hijo único y verdadero, como lo soy yo. Al constituirte su Madre, y al constituirlos tus hijos, sabe que lo hago con las mismas condiciones que me hicieron tu hijo y que te hicieron mi madre, porque yo estoy en ellos y con ellos, y ellos están en mí. Yo te doy sobre ellos los mismos derechos; pero tambien te impongo con respecto á ellos las mismas obligaciones que tienes respecto de mí. En adelante

debes ver en ellos tu Jesús, tu hijo, debes amarlo en ellos; y volver hacia ellos ese amor que me tienes en este momento, porque son tus hijos lo mismo que yo.

Tu no los has engendrado con tu sangre ni llevado en tu seno; las relaciones entre Madre é hijos no existen por consiguiente entre tí y ellos. Mas estas relaciones que no existen, las crea en este momento mi palabra omnipotente; lo que la naturaleza no ha hecho, lo hace la gracia en un momento. Cuando yo te declaro su madre, lo eres ya verdaderamente, y el misterio de mi amor está consumado.

Quién podrá comprender la impresion que hicieron en María estas misteriosas palabras! Ah! si ellas halagaron sus oídos, cuán eficaces y activas no fueron también en su tierno corazón! Ellas se gravaron en él con caracteres indelebiles; ellas lo conmovieron extraordinariamente; ellas lo enternecieron, lo ablandaron, lo refundieron por decirlo así, lo recompusieron, y lo reformaron para los afectos y los sentimientos maternales respecto á nosotros; por consiguiente desde aquel instante mismo experimenta ella ser nuestra verdadera madre, no sólo por deber y por elección, sino por inclinación y por amor, como si en aquel momento nos hubiera dado á luz.

Entonces fué cuando ella apareció tal como la describió despues el mismo S. Juan, que en aquel momento misterioso la habia estado considerando, es decir la muger vestida del Sol. Porque así como en el momento de la Encarnación, como dice San Bernardo, el sol de justicia, el Verbo eterno habia vestido y cubierto, como una nube purísima, su carne inmaculada, en el Calvario la penetró también este mismo sol, y la vistió con las llamas de su eternidad.

Jesucristo en aquellos últimos instantes era todo amor para los hombres, en los que no encontraba mas que odio y furor. Siendo Hombre-Dios, ningún poder mas que su amor podia quitarle la vida; por consiguiente, á medida que el tiempo en que debia morir por nosotros se acercaba, aquel amor se hacia mas intenso y mas vehementemente. En sus últimos momentos estaba en su colmo, y habia llegado á tal punto, que su humanidad no podia resistirlo mas sin sucumbir. Al pronunciar estas tiernas palabras que nos dan á María por Madre, el Señor moribundo abre su corazón abrasado y hace salir de él una llama celestial de la mas tierna y mas generosa caridad para con los hombres. Desde lo alto de la cruz descendiendo esta llama celestial sobre María que estaba á sus pies, y la rodea, la penetra y la posee completamente. Al momento se siente ella poseida de aquel afecto vehemente y de aquellos arrebatos de un generoso amor á los hombres que iban á quitar la vida á su Hijo. No considerando ya la muerte de Jesucristo sino como la prenda de nuestra salvación, domina y manda su dolor; no solo consiente en que su Hijo muera por fin tan misericordioso, sino que como dice un intérprete, se manifiesta impasiente y arrebatada por un deseo ardiente de morir con él por la salvación de esos hijos de quienes experimenta ya ser Madre.

Preciosa fecundidad de los misterios de la cruz! Cuanto mas se sondean con el pensamiento, tanto mas se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos pues maravillarnos de las espresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo así que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es de-

cir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso é inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamás las tiernas palabras por las que Jesucristo, desde la cruz, nos dió por hijos á María, y nos confió á ella, se borraron de su alma; pero jamás se debilitó tampoco aquel sentimiento energético y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazón; y lo que S. Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró á María, como á su madre, todo cuanto poseía, puede entenderse con mucha más razón de María que desde aquel momento nos admitió igualmente á participar, como hijos suyos, de todo cuanto ella tiene de más precioso. (Véase la nota doc.)

CAPÍTULO XIII.

ACONTECE algunas veces entre los hombres, que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos á la viuda su madre, y esta á aquellos. Pues bien, si Jesucristo nuestro hermano mayor que tanto nos ama, no hubiera hecho con sus tiernas palabras mas que encomendarnos así á María, esta recomendación, hecha por tal Hijo á tal Madre en una circunstancia tales, hubiera sido sin duda mas que suficiente para asegurarnos los cuidados y las ternuras de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendación pasajera, sino la espresion de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donacion irrevocable, una disposición de su Providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaucion del Dios

Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (capítulo IV) Jesucristo llamó entonces á María *muger, y no madre*, queriéndole manifestar que en aquel acto no abla como Hijo de María, sino como Redentor del mundo; no como hombre, sino como Dios. Y cómo podria olvidar María una eleccion, una dignidad, un misterio que se le conferia en términos tan energicos y tan llenos de autoridad por el Hijo de Dios, espirando en una cruz por la salvacion del mundo? Y no pudiéndola olvidar, cómo podria dejar de ejercer sus funciones, y cumplir sus deberes?

Asi es que aun no habia exhalado su Hijo santísimo el último suspiro en la cruz, cuando María se puso á ejercer el ministerio de una tierna Madra para con la Iglesia, que con tanta solemnidad le habia sido dada por hija. Ved aqui como describe un intérprete tan piadoso como sábio, Cornelio de la Piedra, la solicitud, los cuidados y la ternura maternal de María para con la Iglesia. Esta ilustre Virgen, dice, fué destinada por Jesucristo en la cruz á ser la Madre especial de los apóstoles y de los fieles; así como el mismo Jesucristo habia sido su amoroso Padre; á fin de que su mano misericordiosa levantase á los que cayesen, consolase á los afligidos, afirmase á los que vacilaran, aconsejase á los que dudaran y fijase á los que titubearan; y finalmente, para que los dirigiese á todos con su prudencia, los instruyese con sus luces y los animase con su amor. Es indudable que María desempeñó todas estas funciones con respecto á sus nuevos hijos. Ella fué quien reunió los discípulos dispersos y fugitivos desde la prision de Jesucristo; ella fué quien animó el valor de S. Pedro abatido por el recuerdo de la culpa que habia cometido negando á su maestro, y le hizo concebir la esperanza y la seguridad del perdón. Ella fué finalmente quien infundió la calma, la seguridad y la confianza en el corazón de todos los fieles á quienes la

muerte de Jesucristo había turbado y conternado, y los confirmó en la fé de su próxima resurreccion.

Mas no es esto todo. A medida que crecian los peligros y las necesidades de la Iglesia, se veía crecer el selo y la caridad de esta tierna Madre. El furor de los Judios se arma con todo el poder de los principes, y para destruir la Iglesia en su cuna, aprisionan a los apóstoles y á los discipulos, los azotan cruelmente y los condenan á muerte. El amor maternal de María le hace experimentar, como si se ejecutasen en ella, todos los tormentos de que es victima su amada Hija. Todo cuanto sufren los discipulos en su cuerpo, lo siente esta buena Madre en su corazon; el amor reune todas las penas y los tormentos que cada uno sufre particularmente, para hacerlos sufrir á un mismo tiempo á María. Elevándose entonces sobre sí misma, y haciéndose mas fuerte y mas magnánima á medida que padece mas, triunfa de sus penas, anima con sus discursos á los apóstoles, los sostiene con su ejemplo y los enseña á vencer sus propias aflicciones.

Estos son los consuelos, prosigue el mismo autor, estos son los auxilios que Jesucristo quiere asegurar á la Iglesia cuando le dá á María por Madre. El prevée estos resultados cuando llama á María *muger*; que es como si le dijera: Oh Madre! desde este momento sois la muger verdadera, la muger generosa y fuerte, la muger perfecta; vos sereis en lugar mio la base visible, la piedra angular, la columna de mi Iglesia. Vos la sostendreis con la fuerza y el rigor de vuestro ánimo; y esto no solo en los primeros tiempos, sino que durante los siglos que se sucederán hasta el fin del mundo, sereis la defensa y el amparo de esta Iglesia que os doy por hija. Con vuestra constancia y vuestros consejos, vuestra intercesion y vuestras preces reprimireis sus enemigos, discipareis las tempestades que puedan asaltarla y alejareis de ella los peligros y las tentaciones

María, conformándose á las intenciones de Jesucristo, no olvida en el cielo á los fieles que componen la Iglesia, por la que estuvo en la tierra tan llena de solicitud, de ternura y de amor. Porque Jesucristo no la constituyó Madre de la Iglesia tan solo para aquellos primeros tiempos en que nació y se propagó, sino para siempre y hasta la consumacion de los siglos. Y así como es cierto, dice S. Bernardo, que María estuvo animada en la tierra de la mas tierna solicitud por la salvacion del mundo; tambien lo es, dice S. German, que nadie en el cielo, escepto Jesucristo, tiene tanto cuidado ni tanta solicitud respecto á nosotros como María.

Pero, qué hace en el cielo esta tierna Madre? Ay! ella hace por nosotros ante Jesucristo lo que el mismo Jesucristo hace ante su Padre. Ella presenta continuamente nuestras oraciones en el trono de la Magestad divina, dice el Beato Raimundo; ella espone nuestras necesidades, porque en cualidad de Madre, es nuestra medianera y nuestra abogada para con su Hijo, así como este Hijo es nuestro medianero y nuestro abogado para con el Padre; por mejor decir, ella defiende igualmente ante el Padre y ante el Hijo, con un cuidado maternal el gran negocio de nuestra salvacion. Y así como Jesucristo nuestra continuamente sus llagas á su Padre, así tambien María, para mover á su Hijo á compasion, le recuerda sin cesar el seno que le alimentó.

Y qué extraño es esto? Ella es Madre; esta tierna palabra lo dice todo, lo explica todo y da derecho á creer que María lo hace todo y lo es todo para nosotros ante su hijo Jesucristo. Será posible, dice Isaías, que una madre olvide á su hijo y que no sienta el mayor interés, la compasion mas viva y el amor mas tierno por el fruto de sus entrañas? Mas aun cuando esto pudiera suceder en el corazon de una madre terrena,

podemos añadir con el mismo profeta, que María no podrá jamás olvidarnos. Y la razón de esto es, dice el devoto Gilberto, que María no es una madre como las demás; sino que es la Madre por excelencia, la Madre perfecta, la Madre modelo, la *Madre de las madres*, así como la llama la Virgen de las vírgenes, la Estrella de las estrellas. Es una Madre que Jesucristo nos la dió espresamente para que nos amase, nos consolase y nos defendiese; una Madre que se dá á sí misma el título tan dulce de Madre del bello amor y de la santa esperanza; una Madre que se dá á sí misma este título y forma de él, como dice un padre, un motivo de gloria, para mostrarnos que ella no es otra cosa que amor y ternura para con nosotros, á quienes recibió y aceptó por hijos al pie de la cruz. Ved aquí por qué, sea cualquiera la condicion de nuestra vida y el estado de nuestro corazón, desde el momento en que pertenecemos á la Iglesia somos sus hijos; y estamos ciertos de que el seno de su misericordia está abierto para nosotros, y su mano dispuesta para socorrernos.

Para darnos á conocer, la Escritura que ella es siempre amorosa y tierna para nosotros, sea cualquiera el estado en que nos encontremos, le da tan diversos nombres. Ella la llama la Aurora naciente, la Luna creciente, el Sol que ilumina y fecundiza. En efecto, como dice Inocencio III, María es luna para los que caminan en las tinieblas del pecado; es aurora para los que principian á nacer á la luz de la gracia; y es sol para los que caminan en el medio día de la santidad y de la virtud. Por esta razón llama la Iglesia la clemente, la piadosa, la dulce Virgen María; pues, como dice S. Bernardo, ella es clemente para con los hijos que están necesitados, buena para los que le piden, y dulce para los que la aman; clemente para los que entran en los caminos de la penitencia, buena para los

que se dirijen por los caminos de la perfeccion y dulce para las almas elevadas y perfectas; clemente para venir á nuestro socorro, buena para enriquecernos con sus gracias y dulce para darse toda á nosotros. Si ella prefriere alguno de sus hijos, es á los mas miserables, y á los mas infortunados, es decir, á los pecadores, que son los que mas atraen sobre sí sus miradas misericordiosas y escitan su ternura. Ella fué constituida nuestra Madre en el momento en que el mismo Dios daba la prueba mas grande de su misericordia para con los pecadores, en el momento en que moría por ellos. Ella fué nombrada nuestra madre por decirlo así, en la época de la misericordia, en el templo mismo de la misericordia y del Dios que era entonces con especialidad el Dios de la misericordia y del perdón; por esta razón la Iglesia la saluda y la invoca especialmente como Madre de misericordia y de bondad. Pero, qué significa la palabra *misericordia*? Me parece que es un bello compuesto de tres palabras latinas, cuya significacion es *Corazon entregado á la miseria*; así como la palabra cadáver está compuesta de tres palabras latinas, cuyo sentido es: Carne entregada á los gusanos. El título pues de *madre de misericordia* bajo el que la Iglesia ha invocada siempre á María, significa una madre cuyo corazón está ocupado, dedicado y consagrado á aliviar las miserias de sus hijos: á una madre que, por mucha que sea su ternura y su amor para con todos sus hijos, siente una compasion mas viva respecto á aquellos cuyas miserias son mayores, forma una de sus ocupaciones, un título de su gloria y un deber de su grandeza en consolarlas y en aliviarlas. Y en efecto, como dice muy bien Ricardo de S. Lorenzo, si María no consagrare todos sus cuidados y toda su sollicitud al alivio de los mas miserables de sus hijos, es decir los pecadores, cómo le había de convenir el título de *Madre de la misericordia*, supuesto que ni se-

ría misericordiosa ni sería Madre? No sería Madre, porque una madre no se endurece por las miserias ni las enfermedades de sus hijos, ni aparta de ellos sus miradas, sino que se enterece tanto mas sobre su suerte, cuanto mas infortunados son y cuanto mayores son sus necesidades. Tampoco sería misericordiosa, supuesto que la miseria, como lo indica su nombre, es el campo donde la misericordia se ejercita, se manifiesta y triunfa, y que donde no hay miseria, no puede ejercerse la misericordia, asi como donde no hay ofensa, tampoco puede ejercerse la clemencia ni el perdón.

Y bien, qué miseria podrá compararse á la del pecador á quien la Escritura Sagrada llama el ser pobre y miserable por excelencia? María por consiguiente no puede desear al pecador, sin renunciar sus títulos, sin faltar á su carácter y á su dignidad.

Nosotros no podemos, segun el pensamiento del mismo Doctor, presentarnos siquiera á María ó invocarla bajo el dulce título de Madre, sin que se acuerde al momento del tiempo, del lugar, del fin y de la persona de quien lo recibió por primera vez. El título de Madre, este nombre tan lleno de dulzura, halaga siempre los oídos, y triunfa siempre del tierno corazón de la muger á quien se dirige. Y cuál es la muger que al oírse llamar *madre* por su hijo, no siente conmoverse su corazón y sus entrañas por un afecto delicioso y tierno? Para María tiene este nombre un atractivo y una fuerza especial. Este nombre le recuerda el Calvario; le recuerda el exceso de caridad para con los pecadores de que Jesucristo le dió allí el espectáculo y el ejemplo. Le recuerda que su hijo moribundo reumido en sus labios, próximos á exhalar el último suspiro, todas las fuerzas que le quedaban, y con una voz salida del fondo de su corazón le dejó á todos los fieles por hijos. Estos tiernos recuerdos conmueven y agitan su corazón y le hacen experimentar ese sentimiento

de deliciosa ternura y de amor generoso, que ella experimentó entonces. Ella siente conmoverse sus entrañas sobre nosotros, como los hijos que adquirió en el momento misterioso de su dolor. Y cuando nos vé reunidos en torno suyo; invocándola con este nombre lleno de dulzura: Ay! se dice así misma en los transportes de su emoción y de su misericordia; estos son mis hijos, estos son los hijos que mi Hijo y mi Señor me dió y me confió antes de morir en la cruz; yo los reconozco en el carácter de cristianos, en el sello del bautismo y en las huellas de la Sangre divina que los ha lavado. Sí, estos son mis hijos, y yo no puedo reusarles ese amor y esa ternura que Jesus al dármeles, me impuso, y de que yo al aceptarlos, me formé un título de gloria.

No podemos pues dudar que María está siempre pronta para acoger nuestras súplicas con bondad, para escucharlas con paciencia, para hacerlas eficaces y secundarlas con amor, y que está siempre dispuesta á mostrarse con nosotros la mas tierna de las madres, con tal que recurramos á ella con la confianza propia de unos hijos afectuosos. (Véase la nota trece.)

CAPITULO XIV.

La declaración solemne hecha por Jesucristo en la cruz, que hemos explicado en este libro, contiene dos partes. Por la primera estableció el Salvador á María Madre de la Iglesia; por la segunda estableció á la Iglesia, y por consiguiente á todos los fieles, hijos de María. Y supuesto que las dos partes de esta amorosa declaración fueron pronunciadas en el mismo tiempo, en el mismo lugar y por la misma persona, y que las dos forman uno de los mas preciosos é importantes ar-

ticulos del testamento de Jesucristo en la cruz, las dos tienen por consiguiente la misma fuerza, y deben producir los mismos efectos en las personas á quienes se dirigen. Ya hemos visto que por estas palabras *Hé ahí tu Hijo*, dirigidas á María, no solo le dió Jesucristo el título sino la cualidad misma, el corazón y el afecto de una madre para con nosotros. Luego por las palabras dirigidas á S. Juan: *Hé ahí tu Madre*, dió el Señor igualmente á la Iglesia y á los verdaderos fieles, no solo el título, sino la cualidad real, un corazón y un afecto de hijos para con María. En efecto, estas últimas palabras fueron pronunciadas por Dios como las otras; ellas forman parte de la espresion de su última voluntad lo mismo que las otras; como las otras son palabras cuya eficacia obra y cumple lo que significan y en el momento mismo en que lo indican; finalmente, ellas hicieron, lo mismo que las otras, una impresion profunda é indeleble, y despertaron sentimientos y afectos análogos en el alma de la persona á quien fueron dirigidas.

Por un efecto de la palabra poderosa del Hombredios en aquellos instantes misteriosos é inefables, experimentaron, no solo María, sino tambien S. Juan ó la Iglesia, una revolucion verdadera en sus propios corazones, les sintieron cambiarse repentinamente, elevarse y nacer en ellos las dulces afecciones que convenian á los nuevos cargos que se les habian conferido. Por consiguiente, así como el amor tierno y maternal de María á la Iglesia data precisamente del Calvario y de la muerte de Jesucristo, el amor tierno y filial de la Iglesia á María data del mismo tiempo y del mismo lugar. Y para que no quedase duda alguna sobre la igualdad de los efectos maravillosos de las palabras del Salvador tanto á María respecto á la Iglesia, como á la Iglesia respecto á María se valió el Señor de las mismas espresiones y de la misma frase, tanto

para dar la Madre al Discipulo cuanto para dar el Discipulo á la Madre, diciendo á aquella: *Hé ahí tu Hijo*, y á éste: *Hé ahí tu Madre*. La palabra *hé ahí*, cuya fuerza y cuyo misterio hemos explicado, se encuentra igualmente en las dos; y el giro de la frase es el mismo. Pues bien, espresiones semejantes indican ideas semejantes, intenciones semejantes, derechos y obligaciones semejantes. Esta es la razon de ese amor tan universal, tan constante, tan tierno y tan solícito de la verdadera Iglesia á María. Los soberanos Pontífices y los Obispos, los Concilios generales y particulares, los Padres y los Doctores, las Ordenes religiosas y militares, las Universidades y las Academias han celebrado siempre sus alabanzas á porfia, han favorecido su culto, han extendido su devocion, han defendido y vengado de la temeridad de los hereges sus altas prerogativas y los títulos de su grandeza. Los Padres y los Doctores especialmente, cuando hablan de María, parecen arrebatados por los sentimientos del afecto mas profundo y del amor mas tierno. Su entusiasmo se despierta, su elocuencia se anima, sus palabras son mas felices y mas energicas, sus miras y sus pensamientos se elevan lo mismo que sus sentimientos. Su elocuencia se hace entoncez la elocuencia del corazón, mas bien que la del espíritu; y si la fé y la razon los guian, el amor es quien los hace elocuentes. Y en tanto que ciertos frios teólogos, extraños al verdadero espíritu de la Religion, bajo el manto de un celo insensato é hipócrita por la gloria del Hijo, acusan á los fieles de dar títulos demasiado elevados á la Madre, vemos que todos los Padres se sirven para hablar de ella, dice Señeri, de espresiones tales, que muchas veces es necesario interpretarlas prudencialmente, porque parecen demasiado exageradas. Y lo mas singular es que los Padres de los primeros siglos de la Iglesia, los Padres apóstolicos, los que por lo mismo

se hallan mas cercanos á la tradicion cristiana, los Dionisios, los Ignacio, los Ireneos, los Epifanios y los Cirilos, son los mas exaltados en las alabanzas que dan á Maria.

Ved cuántas festividades ha establecido la Iglesia para honrar á Maria, cuántas prácticas ha adoptado y permitido, cuántas preeces magnificas ha compuesto, cuántos títulos pomposos le ha dado al celebrar sus grandezas y al implorar su proteccion en todas sus necesidades! Ved cómo su nombre, el mas dulce despues del de Jesus, ha sido introducido por la Iglesia en todos sus ritos, en todas sus ceremonias y en todas las prácticas de su culto! Ved cuántas veces la honra durante el año, cuántas la celebra en el mes, cuántas la implora en la semana y la invoca en el dia, y con qué uncion, con qué confianza, con qué ternura y con qué alegría!

Y en todo esto nada hay de extraño. Desde que la palabra omnipotente de Jesucristo estableció á la Iglesia hija de Maria, y dió á los miembros de esta Iglesia el título y el corazon de hijos de Maria, y el sentimiento profundo é indeleble de esta filiacion, lo mismo que dió á Maria el de la maternidad; desde entonces, repito, no ha podido conducirse la Iglesia respecto á Maria, ni ha podido hablar de ella de otra manera que como se ha conducido y hablado. Ella es hija, é hija verdadera, establecida y formada por Jesucristo Hijo de Dios. Esta palabra lo dice todo, y lo explica todo; qué prueba de ternura y de amor podrá parecer escrivida cuando se trata de una hija respecto á su Madre.

Ademas, la Iglesia es una hija abrasada de amor, mas de un amor tan puro, tan santo y tan tierno, como el amor de Jesucristo de donde dimana. Jesucristo, como ya hemos dicho, en aquellas circunstancias señaladas se colocó en nuestro lugar, y nos hizo pasar á suyo, ó mas bien nos hizo una misma cosa con él. Por lo cual no solo dió á Maria el mismo corazon que él

tiene para con nosotros, sino que tambien nos dió á nosotros el mismo corazon que él tiene para con ella. La llama de la caridad divina, descendiendo de la cruz y saliendo del corazon del Redentor, en tanto que unas palabras tan suaves salian de su boca, abrasan á Maria y á S. Juan, y hacen nacer en los dos el sentimiento de que estaba penetrado entoncees aquel divino corazon. Entoncees amaba como un tierno padre, á los hijos de la Iglesia representados por S. Juan, y como el Hijo mas carinoso, á Maria su generosa Madre; por consiguiente esta caridad despierta con Maria el amor maternal mas tierno respecto á nosotros, y en nosotros el amor mas tierno respecto á Maria.

Observemos tambien con S. Pablo que Jesucristo no solo nos hizo hijos de su Padre celestial que es Dios, sino que nos comunicó tambien su espíritu y su corazon, para que pudiésemos mirar y amar á este Dios como á nuestro verdadero Padre por gracia, á pesar de la distancia infinita que nos separa de él por naturaleza. Con el título, dice el Apóstol, recibimos tambien el espíritu de esta adopcion sublime, de tal modo que nuestro corazon se ha elevado hasta el punto de llamar á Dios con un sentimiento profundo de confianza y de amor, nuestro Padre. El mismo Apóstol añade que una de las operaciones interiores y secretas del Espíritu Santo, es la de persuadirnos íntimamente que somos hijos de Dios, penetrarnos de los sentimientos correspondientes á esta filiacion y conservarlos siempre vivos y eficaces.

Pues bien, lo que él hizo en nosotros respecto á su Padre, pudo hacerlo tambien respecto á su Madre. Por consiguiente, lo mismo respecto á ella que respecto á su Padre, nos hizo participantes de su propio espíritu, de su propio corazon y de su propio amor. De ahí nace que todos estamos penetrados de la verdad de esta adopcion, y que nos sentimos inclinados á mirar,

á amar, y á invocar á María como á nuestra verdadera madre.

Esta doctrina esplica tambien el fervor y el entusiasmo de la devocion de todos los pueblos cristianos á María. Nosotros hemos visitado la mayor parte de Italia; por todas partes se nos ha dicho: *Oh! nuestra poblacion es sumamente devota de María; y el exámen nos ha convencido de la verdad del hecho.* Pero tambien nos hemos convencido de otra cosa, y es que la devocion á María es una devocion tan tierna, tan extraordinaria y tan afectuosa, que cada pueblo se cree el mas devoto; y que esta devocion tan grande, tan afectuosa y tan tierna, que cada ciudad y cada pueblo cree practicarla él solo, es sin embargo la de todas las ciudades y la de todos los pueblo de Italia.

La misma observacion se presentará á todo el que quiera comparar una nacion con otra, aun fuera de Italia. Tomemos por ejemplo las dos naciones de Europa mas apartadas por la distancia de los lugares, por el lenguaje, el gobierno y las costumbres, la España y la Polonia, al menos antes de los acontecimientos deplorables de estos últimos tiempos. Si se considera la España bajo el aspecto de que aqui tratamos, se creerá que no hay en la tierra un pueblo mas fervoroso ni mas devoto de María que el pueblo español; no solo hay en él altares, santuarios, iglesias y establecimientos piadosos consagrados á la gloria de este dulce nombre, sino tambien instituciones puramente literarias, civiles, políticas y militares que le están dedicadas. Si se echa una ojeada sobre la Polonia se tendrá que hacer la misma confesion, porque se verá allí á María honrada como en España, con toda clase de títulos y de homenajes, y ademas invocada bajo el título especial de Reina de Polonia. Se convendrá sin duda en el mismo hecho, si se compara la Francia á la Alemania, la Ungría á la Bohemia, la Baviera al Austria, la

Irlanda á la Inglaterra católica, los Latinos á los Griegos, los Armenios á los Etiopes, el nuevo mundo al antiguo, los pueblos cristianos de muchos siglos á los nuevamente ilustrados por la fé. Por todas partes se verán los títulos de respeto mas pomposos prodigados á María, fiestas multiplicadas en su honor; unas prácticas tan fervientes y un afecto tan particular, que cada uno de esos pueblos ó cada una de esas comarcas, podrá creerse consagrado especialmente á María, y su pueblo privilegiado. Si esto puede decirse de cada pueblo en particular, es claro que se podrá decir de todos en general, y concluir que todas las naciones católicas tienen un mismo sentimiento y un mismo corazon respecto á María.

En todas sus necesidades se ve á los hijos recurrir á su madre. Del mismo modo, en las calamidades públicas y en las afieiciones privadas, en las necesidades del alma y en las miserias del cuerpo, en el tiempo de los azotes de Dios como en el de las persecuciones de los hombres, el clero y el pueblo, los príncipes y los súbditos, las ciudades y las provincias, todas las condiciones, todas las clases y todos los estados recurren siempre y en todas partes á María. El marinero la invoca en la tempestad, el enfermo en la enfermedad, el pobre en la indigencia, el afligido en la tribulacion, el guerrero en el campo de batalla, y lo que es mas, el pecador en las miserias de sus hábitos y de su pecado se vuelve á María; y no hay un cristiano tan degenerado y tan corrompido que, aun en el seno mismo de la licencia de las pasiones, no conserve en el fondo de su corazon un resto de amor á María, que de tiempo en tiempo no vuelva hácia ella la vista para implorar su piedad, y que no conserve una confianza secreta en su maternal proteccion. Los que ejercen el santo ministerio saben por esperiencia que estas disposiciones remotas del pecador son muchas veces el

canal por donde penetra la gracia en su corazón y se apodera de él.

Es una cosa muy singular que habiéndose debilitado y entibiado con el trascurso de los siglos la piedad, el fervor y la santidad del cristiano tomado individualmente, de tal manera que la mayor parte de los cristianos modernos son, con respecto á los antiguos, lo que una pintura muerta al lado del original vivo; el culto de María, sin embargo, lejos de debilitarse, crece, se consolida y se estiende de día en día.

Cual es la fiesta de María que no se celebre en todas partes con demostraciones de un gozo sincero y de una verdadera piedad? Qué devoción, qué práctica nueva se establece en su honor que al momento no se arraigue, se propague y se perpetúe á pesar de las blasfemias de la incredulidad, los delirios de la herejía y los sarcasmos de la indiferencia? Qué libro se imprime en su alabanza, que no sea buscado al momento con avidez y leído con entusiasmo? El culto de María es, pues, superior á las pruebas del tiempo que todo lo debilita, todo lo deteriora y todo lo destruye.

Un sentimiento tan unánime, tan universal, tan profundo, tan constante y tan tierno de los católicos respecto á María, no puede ser efecto del celo de un individuo ó de una corporación, por mas influyente que sea y por mas que se empeñe en propagarla; porque jamás una causa particular y privada ha podido producir un efecto tan comun y tan general.

Es necesario, pues, recurrir á una causa mas elevada y mas poderosa, á una causa que obra en las corazones, ó imprime en ellos instintos religiosos, cuyo razon no puede designarse, sentimientos que no se prescriben, inclinaciones tan constantes, al través de las mas tristes vicisitudes, y tan universales entre pueblos diferentes en caracteres y en costumbres, que no pueden obtenerse jamás por medios puramente hu-

manos. Es necesario, pues, atribuirlo á ese espíritu de catolicismo que guía á la Iglesia y es como su alma; al espíritu mismo de Jesucristo que permanece en la Iglesia hasta el fin del mundo para inspirarle la armonía de la fé en la creencia de las mismas verdades, y la armonía del amor en la práctica de las mismas obras de religion y de piedad.

Es necesario reconocer en esto el efecto de la palabra maravillosa de Jesucristo que al dar á María un amor sagrado, un corazón de madre para con los verdaderos fieles, dió á estos un amor y un corazón de hijos para con María. Y qué extraño es que unos hijos, desde el momento en que tienen noticia de su parentesco, se entiendan sin hablarse, á pesar de la distancia que los separa, y que sin ponerse de acuerdo, convengan en los honores que tributan á su Madre, en la confianza con que la invocan, en el entusiasmo con que celebran sus alabanzas y en la ternura de su amor, si un instinto comun, recibido con la gracia de la fé, les inspira y les persuade estos sentimientos?

(Véase la nota catórea)

CAPITULO XV.

ESTA es una de aquellas leyes de que Dios había anunciado por boca de un profeta que al tiempo de la redención las escribiría él mismo, no sobre piedra, sino en el corazón de los hijos de los hombres; porque en efecto, este sentimiento de devoción y de amor á María, y de confianza en su intercesion y en su proteccion se encuentra, mas ó ménos tierno, mas ó ménos ferviente, en el corazón de todos los verdaderos católicos.

Nosotros no sabemos darnos razon de él; y sin embargo, no podemos desprendernos de él mientras per-

manezcamos católicos, porque no somos nosotros los que lo hemos hecho nacer en nuestro corazón. La misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, nos ha dado igualmente este sentimiento filial respecto á María, indicio cierto de que no se conoce verdadero catolicismo sin la devoción de María, ni verdadera devoción de María fuera del catolicismo.

Por consiguiente, la devoción de María, (y esta reflexión es muy consoladora para las almas piadosas y fieles) es uno de los indicios y de los signos ménos equívocos y mas ciertos de la verdadera fé. La razón de esto es muy clara despues de lo que hemos dicho ya.

S. Juan no es dado por hijo á María porque es Juan hijo del Cebedeo ni porque tiene méritos personales que le son propios; sino porque es el discípulo y el discípulo amado de Jesucristo; es decir, porque tiene las dos cualidades propias de todos los verdaderos hijos, de todos los hijos de la Iglesia; por esta razón los representa á todos, como ya hemos dicho con Sylveira.

María, pues, es particularmente madre de todos los verdaderos creyentes, y estos son particularmente sus hijos. De aquí se sigue que así como no hay un verdadero creyente ó un verdadero discípulo amado de Jesucristo, que no sea también hijo de María, tampoco hay un verdadero hijo de María que no sea discípulo amado de Jesucristo; y así como es una condición necesaria ser discípulo amado de Jesucristo y verdadero creyente para ser hijo de María y tener respecto á ella el corazón y el afecto de un hijo, así también el que es hijo de María y tiene respecto á ella un corazón y un afecto filial, tiene una señal segura de que es verdadero creyente y discípulo amado de Jesucristo, porque el Hijo de Dios no ha dado el nombre, la cualidad ni el corazón de hijos de María sino á sus discípulos verdaderos y amados, á los verdaderos creyentes, á los verdaderos hijos de la Iglesia.

Se lee en la vida de S. Ignacio que, atravesando la Suiza con sus compañeros cuando aquel país estaba ya infestado por la heregia, para ir á Italia, encontraron una muger que salió á su encuentro, poseida del mas vivo entusiasmo. Derramando lágrimas de gozo y de ternura, se prosterna á sus pies y no cesa de bendecir á Dios y de besar sus hábitos con las señales mas grandes de devoción. Los viajeros le preguntan la causa de aquellas demostraciones extraordinarias de gozo cristiano, y ella les dice: "Yo soy católica, yo soy la única católica que ha quedado en esta tierra desgraciada. Los predicadores de Calvino han hecho todos los esfuerzos posibles para hacerme apostatar; y para conseguirlo han querido persuadirme, entre otras cosas, que el catolicismo habia muerto y que no quedaban ya católicos en el mundo. Yo no les he creído: pero hoy experimento mi alma una alegría indecible porque veo con mis ojos que esos nuevos maestros del error son unos impostores. No, no es cierto que no existen ya católicos, pues que vosotros lo sois; y estoy segura de que lo sois, porque veo que llevais todos al cuello el Rosario de María, que la heregia ha proscrito en estos países, y que por lo mismo es una señal cierta del catolicismo." Es necesario convenir que aquella muger mostró entonces una inteligencia de la verdadera religion, mayor que la de un teólogo profundo; y que con la ayuda de su instinto religioso y del tacto de su verdadera piedad, se formó un juicio mas cierto y mas seguro que el que hubiera podido formar por la mas docta controversia, ó por una demostración teológica. Y en efecto, honrar á María con una ternura filial, es ser discípulo de Jesucristo, y por consiguiente hijo de la Iglesia; por la misma razón la devoción á María es una de las señales mas ciertas de la verdadera religion.

Muchos siglos antes habia hecho S. German un ra-

ciocinio semejante, diciendo que así como la respiración es al mismo tiempo una causa y una señal de que el hombre está vivo en el orden natural; de la misma manera la invocación del nombre de María y la práctica de su culto son una prueba de que los que se ejercitan en ella viven en el orden espiritual; esta práctica es el germen que produce esa vida, y el alimento que la conserva. Y así como la verdadera fé es el principio de la vida espiritual de los justos, así también la invocación y el culto de María son un argumento implícito y una prueba de la verdadera Religión, de la verdadera fé. Por esta razón en los países donde los católicos viven mezclados con los hereges, las ciudades en cuyas calles se encuentran imágenes de María son reconocidas de todos por ciudades católicas, y las familias á quienes se oye recitar las alabanzas de María por esta sola señal son reconocidas por familias católicas. De ahí nace el sentimiento delicioso y la santa complacencia que experimentan las personas animadas de un celo verdaderamente religioso cuando ya en público ó en particular, ya de día ó en el silencio de la noche, oyen resonar los aires con las alabanzas de María. No queremos decir por esto que una familia que no frecuenta estas prácticas, deba ser considerada como sospechosa en la Religión. Pero si la misión de las prácticas de piedad respecto á María no siempre es una señal de incredulidad ó de heregía, lo contrario es sin embargo generalmente cierto: la invocación y el culto de María son la señal de la verdadera Religión. En la opinión comun este es el signo distintivo de las familias verdaderamente cristianas.

Si, el que cree en las prácticas de piedad, mucho más creará en los dogmas de la verdadera Religión; y esto no puede ser contrario á la doctrina ni á las máximas de un hijo que se complase en honrar á su Madre. Este sentimiento innato de ternura filial respecto á

María tiene su raíz en la verdadera fé; este es uno de los frutos que ella produce, uno de los efectos que causa, y uno de los sentimientos que inspira, porque el Hijo de Dios no dió á María por hijo sino al que es su discípulo amado, el verdadero fiel; y este es el único que conoce su parentesco y cumple los deberes que le impone. Por consiguiente aquellos que por su desgracia se han separado de la unidad de la Iglesia para lanzarse en el cisma ó en la heregía, como no son los verdaderos discípulos, los discípulos amados de Jesús, supuesto que están fuera de la Iglesia, no tienen tampoco la cualidad, el corazón ni el afecto filial respecto á María, porque esta herencia no pertenece más que á los hijos de Jesús, á sus discípulos amados. Esta ley del amor filial no está escrita en sus corazones, porque esta ley ó el sentimiento que ella produce, tiene su origen en la ternura filial de Jesucristo respecto á María, de que hace participantes á los que forman un mismo cuerpo con él, ó á sus miembros, que son los verdaderos hijos de la Iglesia. Por consiguiente los que no pertenecen á la Iglesia, ni forman un mismo cuerpo con Jesucristo, como que no participan, mientras permanecen en ese estado, de sus privilegios ni de sus derechos, tampoco participan de sus sentimientos ni de sus afectos. Por esta razón nada sienten de tierno, de dulce ni de afectuoso respecto á María. Su corazón está frío ó indiferente respecto á ella. María es para ellos una *muger* y no una *madre*. Si tienen algún aprecio á esta *muger fuerte*, no sienten movimiento alguno de afecto hácia esta *madre* llena de ternura. Si ellos la veneran y la honran á su modo, su culto es el culto del espíritu y de la razón, pero no el del afecto y del corazón; es un culto árido, y frío, un culto que no puede llamarse tal. Una práctica cualquiera de Religión á la que el corazón es extraño, es un homenaje estéril, filosófico y abstracto del espíritu; un ho-

menaje tal sale de la esfera de los actos religiosos, y ni aun siquiera merece el nombre de culto.

Los herejes, extraños á los sentimientos que los católicos experimentan respecto á Maria, nada entienden de cuanto hacemos por ella ni de cuanto le debemos. No comprenden que el culto que le tributamos, culto particular, culto inferior al que tributamos á Dios y superior al que tributamos á los santos, es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeliberado, una necesidad del corazón; no comprenden que este culto es un efecto de las relaciones filiales que la palabra divina estableció entre nosotros y Maria, unido á las relaciones de fraternidad que la misma palabra divina estableció entre nosotros y Jesucristo; y que es tan natural que experimentemos un placer inferior en honrar á Maria, en recurrir á ella y en invocarla, como ver á un hijo experimentar el mismo sentimiento al cumplir los mismos deberes para con su madre.

De ahí nace que en nuestras prácticas de devoción respecto á Maria, prácticas arregladas y encerradas en sus justos límites por la autoridad de la Iglesia no ven ellos otra cosa que prácticas supersticiosas, homenajes desmesurados é injuriosos á Dios, que no convienen á Maria, y que respecto á nosotros son vanos é inútiles. Por esa causa nos critican, nos injurian y nos ponen en ridículo; ellos se jactan y se glorían de no hacer nada de esto, es decir, que pretenden sacar ventaja de una cosa sobre la que deberían gemir; porque si no se dedican á semejantes prácticas, es porque no tienen el sentimiento de ellas ni conocen su necesidad. De este modo son extraños á la fuente de las mayores consuelos y de los mas importantes auxilios, que nosotros los católicos encontramos, en las tristes vicisitudes de esta vida, al honrar á Maria y al recurrir á ella, y que nos salvan con preferen-

cia de los excesos de la desesperación y de los horrores del suicidio.

Mas si sucede, como se ve cada dia en estos últimos tiempos, que algunos de nuestros hermanos separados de la verdadera Religión la abraze de nuevo y vuelva á entrar en el seno de la verdadera Iglesia, experimenta al momento en su corazón una mutación sorprendente é instantánea, respecto al particular de que tratamos. Sin que nadie le imponga como ley la devoción á Maria, principia al momento á sentirse inclinado á ella y á experimentar su necesidad. Su corazón se abre por sí mismo á el amor filial respecto á Maria; las prevenciones desaparecen en él con los errores; y su corazón se muda lo mismo que su espíritu. Con una regla segura de creencia, recibe también una regla segura de amor; y, como se observa con frecuencia, los protestantes, sinceramente convertidos al catolicismo, aun cuando no estén acostumbrados desde su nacimiento, como nosotros á las prácticas de devoción, se hacen, como por encanto, singularmente devotos de Maria; y manifiestan en esto un fervor y una complacencia capaces de avergonzar á los que han mamado con la leche esta devoción.

Por el contrario, apenas un cristiano (y lo mismo puede decirse de una nación) ha salido del círculo de la unidad católica y ha abandonado la Iglesia, cuando, perdiendo la cualidad de hijo de Maria (porque no es ya hijo de Maria el que no es miembro del cuerpo de Jesucristo) pierde también el instinto y el sentimiento, y abandona todas las prácticas piadosas respecto á la que, la madre que era, se ha hecho para él una extraña. El se cree de repente esclarecido por una nueva luz y se imagina ver excesos, superstición y escándalo, donde antes no veía mas que una práctica de religion justa y edificante. Mas lo que él cree una nueva luz no es para él otra cosa que un aumento de tinieblas.

Cuando la verdadera fé se ha alterado en él, se ha alterado igualmente el órden de la caridad, y los sentimientos del corazon se han borrado en él á medida que las santas verdades se han disminuido en su espíritu, como dice el profeta. Asi, pues, envejecido por aquello mismo que deberia humillarle, satisfecho de si mismo por lo que debiera hacer correr sus lágrimas, se pone á combatir la verdadera devocion que ha perdido con la verdadera fé, que condena porque no la entiende, y no la entiende porque no la siente.

De ahí nace que los herejes de todas las sectas y de todos los matices se han levantado siempre principalmente contra las prácticas de la devocion católica respecto á María. Para destruirla con mas facilidad han principiado combatiendo los privilegios sublimes de María que son su fundamento, y que la tradicion y los concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devocion á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de heregia, ó al menos de una Religion sospechosa la aversion, ó por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la mascara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerogativas de la Madre, y á las practicas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derramemos lágrimas de compasion sobre esta ceguedad voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les atrae esta ceguedad. Dichosos nosotros que nos encontramos en la verdadera Iglesia en la que tenemos á María por Madre; somos generosos y constantes en su culto, y en nuestra devocion á ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete y nos asegura la proteccion de esta tierna Madre. (Véase la nota quince.)

CAPITULO XVI.

Después de las varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo: *Hé ahí tu Madre*; se creará tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto mas se considera y se medita, tanto mayores son y mas importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y explicarlos todos, seria necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho mas de lo que pensábamos; en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentaremos con dar la última esplicacion de estas misteriosas palabras, que hará conocer mas y mas su profundidad y nos suministrará materia para una sólida é importante instruccion, con la cual terminaremos la primera parte de nuestro trabajo.

Nos detendremos un momento en la palabra *hé ahí*, que se encuentra repetida dos veces en las palabras del Señor; y que, vista la circunstancia grave y solemne en que fué pronunciada, debe tener una gran estension, y encerrar por si sola un misterio importante.

En efecto, cómo pueden articularse ó leerse estas palabras pronunciadas por Jesucristo y relativas á María: *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu Hijo*, sin recordar al momento estas otras palabras no menos tiernas, no menos patéticas que el gobernador romano Pilatos profirió refiriéndose á Jesucristo: *Ved ahí el Hombre, Ved ahí el Rey*.

Los Judíos habían hecho sufrir al cuerpo santísimo de nuestro Salvador los tormentos mas crueles, los suplicios mas atroces, los ultrages mas sangrientos que se han hecho sufrir jamás en el mundo, no diremos á un hombre, sino ni á un animal destinado al matadero. Ellos le habían despedazado á azotes, le habían herido con varas, le habían abofetado bárbaramente y le habían machado con salivas; y para que el hombre del dolor se hiciese el hombre de los oprobios, para añadir á los tormentos la vergüenza y el deshonor, habían clavado en su cabeza una horrible corona de agudas espinas, habían echado sobre sus hombros un vil andrajo de escarlata, habían puesto en sus manos una caña por cetro, y en esta actitud le insultaban con irrisión como á un Rey de teatro. En este miserable estado, en este estado tan propio para inspirar compasión, se presenta Pilatos á los Judíos y les dice: **VED AHÍ EL HOMBRE.** Pero ay! este espectáculo de Jesus cubierto de heridas de los pies á la cabeza, y bañado en su sangre, lejos de enternecer á aquellas bestias feroces, no hizo mas que inflamar su odio y su furor. Por consiguiente, en vez de consentir en que se le perdone la vida, piden su muerte con gritos salvages. Y cuando el presidente duda, y manifiesta la repugnancia que tiene á acceder á su petición injusta y cruel, ellos le amenazan con la rebelion del pueblo y con la cólera del César. Parece que esta amenaza hubiera debido hacer que Pilatos se obstuviese de dar titulo alguno á Jesucristo, y reconocer en él ningun carácter que pudiese despertar los celos y las sospechas de la política; sin embargo no fué así. Ciego instrumento de los designios de Dios, que ejecuta sin querer, y de sus misterios que cumple sin conocerlos, dice el Evangelista, que haciendo de comparecer de nuevo á Jesus ante la multitud, se sentó en su tribunal, en el lugar llamado *Lithostrotos* en griego y *Gabbata* en hebreo, en un

viernes, como á la hora sesta; y presentando desde allí á Jesus al inmenso populacho que se encontraba presente, les dice con una voz fuerte, y un aire misterioso y profético: **JUDIOS, VED AHÍ VUESTRO REY.** Todas estas circunstancias de la persona, del dia, de la hora y del lugar, asi como del titulo de la cruz que se halla escrito en diversas lenguas; estas circunstancias, repito, que acompañan á una declaracion tal, y que son referidas tan minuciosamente por el Evangelista, indican suficientemente que esta declaracion es el cumplimiento de un misterio profundo. En efecto, como el titulo de Rey de los Judíos equivale al de Mesias, como los Judíos han designado siempre al Mesias con este nombre, bajo el cual le esperan todavia; la declaracion de Pilatos no es otra cosa que un reconocimiento público y solemne que hizo de Jesucristo por el verdadero Mesias, por el Salvador del mundo, y esto en el dia de Pascua, en nombre de todas las naciones sujetas al imperio Romano, en nombre de toda la gentilidad, en nombre de toda la tierra.

En el furor que experimentan los Judíos al ver que su presidente les impone por rey un hombre á quien quieren castigar como á un vil esclavo, gritan en vano tumultuariamente que no quieren reconocerle, que ellos no tienen mas rey que el César; Pilatos firme en su resolucion, confirma su declaracion, añadiendo: **SIN EMBARGO EL ES VUESTRO REY, Y CÓMO QUERERIS QUE YO CONDENE Á VUESTRO REY?** Y no contento con haber dado de viva voz esta cualidad gloriosa á Jesucristo, la repite tambien por escrito; con vergüenza y con mengua de todas sus reclamaciones, de toda su oposicion y de toda su repugnancia, él se obstina en colocar sobre la cruz de Jesucristo este grandioso titulo: **JESUS DE NAZARET REY DE LOS JUDIOS.** Titulo misterioso y sublime que reúne en sí los titulos que Pilatos le había dado poco antes de viva voz, cuando dijo con

relación á él: VED AHÍ EL HOMBRE, VED AHÍ EL REY.

Es imposible dejar de reconocer que Pilatos cuando escribió, tuvo su mano guiada por la mano de Dios, así como su lengua fué también movida por el Espíritu de Dios cuando habló de un modo tan extraordinario, tan maravilloso y tan verdadero, y que el Padre eterno fué el que, por el ministerio de Pilatos, escribió sobre la cruz de su Hijo su verdadero título de honor y de grandeza, es decir, que era el Rey de los Judíos, el Mesías y el Salvador; que era hombre, y era Dios.

Mas en tanto que por esta inscripción misteriosa colocada sobre la cruz, proclama el Padre eterno á la faz del universo y revela el verdadero Mesías en la persona de Jesucristo; este mismo Hijo pronuncia y dicta en cierto modo otras dos inscripciones que deben ser colocadas, la una sobre la cabeza de María y la otra sobre la de S. Juan, cuando dice á María: HE AHÍ TU MADRE, y de S. Juan: HE AHÍ TU HIJO.

O profundidad de los consejos divinos en el cumplimiento de los divinos misterios! Toda la Religión está contenida en estas tres inscripciones; todas tres tienen un mismo fin, al cual concurren con un maravilloso acuerdo.

En el testo griego y en el hebreo dice la inscripción: ESTE ES JESUS DE NAZARET, Ó VED AHÍ A JESUS DE NAZARET. Esta es, como lo hemos hecho observar, una repetición de las palabras de Pilatos: *Ved ahí el hombre*, pues que el Nazareno, para ser verdaderamente Jesús, es decir, el Salvador del hombre, debe ser hombre ante todo, dice S. Agustín. Cuán grandes son pues y cuán sublimes estas palabras: VED AHÍ EL NAZARENO, VED AHÍ EL HOMBRE. Ellas significan: ved ahí el hombre, ese hombre verdadero en quien la imagen de Dios es perfecta. Ved ahí el hombre á quien Dios se refirió particularmente, cuando dijo al principio del mundo: *Hagamos el hombre á nuestra*

imagen y semejanza; en él era en quien pensaba cuando, por una misericordia y una bondad infinita, formaba el hombre del limo de la tierra. Ved ahí el hombre que se dignó llamarse á sí mismo *el Hijo del Hombre*, porque sin concurso humano nació del hombre en el seno de una virgen, verdadera hija del hombre; que tiene la naturaleza del hombre, sin tener sus vicios, sus miserias y sus pecados; aquel en quien el hombre fué reformado y vuelto á su perfección primitiva, en quien todo es orden, armonía y perfección; el hombre completo, el hombre perfecto, el hombre por antonomasia, el hombre en un sentido general y absoluto, el hombre por excelencia, que representaba verdaderamente en sí mismo toda la humanidad, y que debía salvarla toda entera; el hombre por consiguiente á cuyo ejemplo deben arreglarse todos los hombres, y con quien serán confrontados un día en su juicio. Mas este hombre no es solamente hombre, sino que es también Hombre-Jesús, es Hombre-Salvador, Hombre-Rey de los Judíos, es Hombre-Mesías, Hombre que desde el madero infame á que está clavado, reinará sobre todos los hombres. Su reino será fundado por medio de los Judíos, porque los apóstoles y los primeros fieles serán Judíos, y el universo se unirá á la raíz del pueblo Judío, á la casa de Jacob, á la raza de David cuyo reino no tendrá fin; y este reino no será fundado por el hierro, sino por el leño; por el amor y no por el terror; para formar hijos, y no para formar esclavos; siendo diferente por su origen de los demás reinos, también lo será por su naturaleza. Este no es un reino de la tierra, sino un reino del cielo; no es el reino del hombre, sino el reino de Dios. Este hombre pues es Rey; es Salvador, y este Salvador es Dios. Porque *Ved ahí el hombre*, *Ved ahí el Rey de los Judíos*, quiere decir: VED AHÍ EL HOMBRE DIOS. Esta doctrina de que *Jesucristo es verdadero Dios y verdade-*

ro hombre, es la doctrina verdadera, la verdadera fé, la fé divina, la fé santa y la fé pura que nos justifica y nos salva. Ella contiene todo el cristianismo; ella es su fundamento y su base, su compendio y su simbolo. Y cuánto no debemos admirar los designios de Dios, que quiso que una doctrina tan preciosa y tan importante, que un Evangelio tan verdadero y tan consolador fuese escrito en grandes caracteres y en las lenguas mas conocidas y mas usadas entonces, sobre el madero de la cruz!

Esta inscripcion, colocada sobre la cabeza del Hijo, sirve para hacer comprender mejor la importancia y la grandeza de las palabras pronunciadas relativamente á la Madre. Porque si Jesucristo es el hombre perfecto, Maria es la muger perfecta, la muger por excelencia, la muger grande, la muger en un sentido absoluto, supuesto que Jesucristo la llama *la muger* sin otro título, así como Jesucristo es *el hombre* sin otra calificación; la muger sola bendita entre todas las mugeres, sola libre del pecado, y llena de gracia y de santidad. Muger simplemente, y por lo mismo Reina, es decir Coredentora, así como Jesucristo es Rey, es decir Redentor. Virgen y Madre, como Jesucristo es hombre y Dios. Verdadera Eva, como Jesucristo es verdadero Adán. Verdadera Eva, porque la primera Eva dió á luz sus hijos para la tierra, y Maria para el cielo; aquella para el cuerpo, y esta para el espíritu; la primera para el tiempo, y la segunda para la eternidad. Maria por consiguiente, como dice S. Epifanio, es en un sentido propio, literal, completo y perfecto la Madre de los vivientes.

Cuando Jesucristo designó á Maria con estas breves palabras: HE AHÍ TU MADRE, es como si hubiera dicho: Fieles, hijos de mis llagas y de mi sangre, despues de haber reconocido en mí el padre que os ha engendrado, reconoced tambien en Maria la madre por cuyo medio

habeis sido engendrados. Al confesar y al reconocer en mí la union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en una sola persona, reconoced tambien en ella la union de la virginidad y la maternidad. El segundo de estos dogmas no es menos importante que el primero; los dos se unen y se armonizan entre sí. Si yo no fuera verdadero hombre, no podría sufrir por el hombre; y si no fuera Dios, no podría dar á Dios una satisfaccion cumplida y reconciliarios con él. Mas yo no sería Dios, si Maria no fuera virgen; ni sería verdadero hombre, si ella no fuese mi verdadera madre. Como hombre y Dios, soy el verdadero Salvador de los hombres. Como virgen y madre ella es la Madre de Dios, y por lo mismo la Madre de los hombres. Ved ahí pues esa Madre, á la que, despues de mí, debéis todo cuanto sois, y todo cuanto tenéis en el órden de la salvacion. Ved ahí nuestra verdadera Madre; reconocedla en el cariño con que os tiene á todos presentes, en la ternura con que os acoge en su corazon, en los tormentos atroces que ha sufrido para daros á luz y volveros á la vida en mí muerte. Ved ahí esa madre heroica, esa madre magnánima, esa madre santa, pura y bendita; esa madre llena de ternura, de celo y de cuidado; esa madre excelente, esa madre sublime, esa madre perfecta.

Finalmente, para que nada falte á las lecciones de la cruz, si las palabras que Jesucristo dirigió á Maria nos enseñan lo que debemos creer, las que dijo á S. Juan nos enseñan lo que debemos hacer. Porque al decir Jesucristo de S. Juan: HE AHÍ TU NIÑO, despues de haber dicho de Maria: HE AHÍ TU MADRE, quiso indicar los deberes filiales con respecto á Maria, así como habia indicado los privilegios y la grandeza de su Madre.

Aun cuando Jesucristo, al morir por todos los hombres, los regenerase á todos, y sea por lo mismo el

Padre verdadero de todos, sin embargo no todos los hombres son en realidad sus discípulos ni sus hijos, nacidos de su muerte. De la misma manera, aunque María al sufrir por todos los hombres, los haya dado á luz y sea la madre de todos, sin embargo no todos son en realidad sus hijos, nacidos de sus dolores. Se necesitan indispensablemente ciertas condiciones para participar del beneficio de este doble nacimiento, para ser admitido en este santo parentesco, en esta augusta familia, para ser el verdadero discípulo de Jesucristo, el verdadero hijo de María. Y queréis saber cuáles son estas condiciones: añade Jesucristo desde lo alto de su cruz. Mirad á Juan; él es el modelo, el ejemplo; el tipo de mis verdaderos discípulos y de los verdaderos hijos de María. Tenemos por consiguiente en el Calvario ejemplos y modelos de toda clase de perfección. Queremos conocer al hombre verdadero, al hombre padre, al hombre rey, que tiene entrañas de verdadera ternura para con la humanidad? Miremos á Jesucristo que dá su vida por unos ingratos, que se sacrifica por unos viles esclavos. Queremos saber cuál es nuestra verdadera madre? Miremos á María que sacrifica el hijo mas amado para salvar á los hijos mas necesitados. Deseamos tambien conocer cual es el verdadero discípulo de Jesus y el verdadero hijo de María? Miremos á S. Juan, de corazón puro, de alma fuerte, y de afectos tiernos, inseparable de Jesus y de María; él asiste á la muerte de aquel, y á las angustias de esta, para aplicarse el fruto de ellas. Si pues Jesucristo espresa en sí mismo la perfección del hombre, si él es el hombre por excelencia; si María espresa la perfección de la madre; si ella es la madre por excelencia, S. Juan espresa la perfección de los hijos; él es por excelencia el discípulo de Jesucristo, y el hijo de María.

Oh hombre, oh madre, oh hijo! Quién me digera que estas preciosas palabras: *Hé ahí el hombre, hé ahí*

la Madre, hé ahí el Hijo, resonasen continuamente en mis oídos, estuviesen siempre ante mis ojos y quedasen grabadas eternamente en mi corazón, á fin de que yo me consumiese en reconocimiento y en amor por tal hombre, y por tal madre, retratando en mi conducta la virtud de tal hijo! Yo me diría entonces á mí mismo, *HÉ AQUÍ EL HOMBRE, HÉ AQUÍ EL REY! Hé aquí el Hombre Dios, el Rey dulce y pacífico,* pues que reina por el amor; pero el Rey poderoso y fuerte, que cuando quiere, lo atrae todo á sí. Reinad tambien, oh señor y Dios mio, en mi espíritu y en mi corazón; reinad sobre las ruinas de mis malos hábitos y de mis pecados, reinad en mí por vuestra gracia, por vuestra misericordia y por vuestro amor.

Y si mi pensamiento se aterraba á vista del Hijo de Dios, de Dios mismo, yo me diría: *HE AQUÍ Á JESUS DE NAZARET; HE AQUÍ EL HOMBRE;* es decir el Dios hombre, el Dios revestido de la misma naturaleza que yo, de la misma carne, de las mismas miserias, para poder compadecerse de mis enfermedades, el Dios hijo del hombre para salvar al hombre. Yo me acercaría pues sin temor; yo le hablaría con confianza y con familiaridad como á un igual; yo le invocaría con amor, yo trataría con él del gran negocio de mi salvación, del gran negocio por el cual él vivió y murió como hombre.

Si á pesar de la naturaleza humana, me intimidaba en él la naturaleza divina; si á pesar de su cualidad de Redentor, su cualidad de Juez me hace temblar ante un Dios cuyas leyes he violado, ante un juez cuya justicia he provocado; para no desesperarme, para no dejarme abatir, me acordaré de que ante este Hombre-Dios tengo una madre, una madre verdadera, una madre que me dió á luz en medio de tantos tormentos, y que no quiere que el fruto de tantas angustias, de tanto dolor y de tanto amor se pierda para mí; una madre de misericordia, de bondad y de dulzura, que desea mi

salvacion mucho mas que yo mismo; una madre cuya proteccion, cuya intercesion y cuyo auxilio, cuyo corazon y cuyo amor son para mi una defensa segura contra la cólera divina, y un medio seguro de desarmarla. Ved ahí esa tierna madre al pie de la cruz de su divino Hijo. Oh cuán dulce es su mirada, cuán compasivo es su semblante, cuán grande es su alma, y cuán lleno de ternura está su corazon! En este asilo, en este lugar de refugio, la cólera de Dios que yo he provocado con mis pecados no podrá llegar hasta mí; ella me facilitará la entrada en el corazon de su Hijo, y me hará recobrar su gracia y su amor. Ved aquí la madre en cuyas manos debo abandonar mi suerte y cuya benevolencia y cuya bondad debo cultivar.

Yo me diré tambien á mi mismo: Hé aquí á Juan, este hijo ejemplar, este hijo modelo, por cuyas pisadas es necesario que yo camine para llegar á la posesion de la gracia del Hombre-Dios y del amor de su Madre. Yo velaré cuidadosamente, á ejemplo de S. Juan, sobre la pureza de mi cuerpo, sobre la de mi espíritu y sobre la de mi corazon; yo alejaré de mí todas las acciones y todas las ocasiones que puedan comprometer para mí esta pureza, la mas frágil, la mas delicada y la mas preciosa de todas las virtudes; aquella por la que María se mostraba mas cuidadosa que por todas las demas; aquella por la que S. Juan agradó á Jesucristo, y la única por consiguiente que podrá hacerme agradable á Jesus y á Maria.

A ejemplo de S. Juan, no temeré los peligros, las persecuciones, el odio, los improperios ni los sarcasmos del mundo, para seguir á Jesus al Calvario. Yo no me avergonzaré de la ignominia de la cruz de mi Salvador; yo me gloriaré en ella, y la miraré como un beneficio y un bien esclusivo; yo me creeré demasiado honrado en colocarme junto á ella y en participar de sus oprobios, para alcanzar la salvacion, la resurrec-

cion y la vida, que proceden de este arbol precioso.

A ejemplo de S. Juan, amaré á Jesus y á Maria sobre todo lo demas. Yo les consagraré mis afectos, mi corazon mi vida y todo mi ser. Yo permaneceré siempre en el Calvario en su compañía, para meditar sus padecimientos, para admirar su amor y obtener su gracia. Todo cuanto yo tenga de mas amado y de mas precioso será de Maria. Dichoso yo entonces, porque podrá decirse de mí: ved aquí el discípulo amado de Jesucristo; ved aquí el verdadero hijo de Maria; y si pertenezco al número de sus verdaderos hijos en la tierra, perteneceré tambien al de sus dichosos herederos en el cielo. Así sea. (*Vease la nota diez y seis.*)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

